

LA SEÑORA Y LA MAR

PSEUDÓNIMO: ERNESTO

No fue fácil ver cómo su hija se marchaba aquella primera vez, y tantas veces después de entonces. Prácticamente después de aquella primera despedida, todo lo que su hija había hecho era venir a verla esporádicamente para volver a irse con prontitud. Para eso había pescado toda su vida, para que su hija pudiera decidir por ella misma, si quería, no tener la misma vida de pescadora que ella había tenido, que ella misma había querido, para ella, pero quizás no para su hija. En el mar, en la mar, que decía Alberti. Su Alberti querido, ella era marinera en la mar. Pero en su pequeño trocito de mar. Con el único mundo a sus espaldas que ese pedazo de costa le había dejado ver y con los únicos viajes que sus lecturas de novelas le permitían.

Marinera en la mar le gustaba decirse a sí misma y a sus amigas, cuando podía quedar con ellas si la mar no estaba para recolectar sus frutos.

Ahora su hija se volvió a marchar. La maleta cargada, los sueños cumplidos. Volvía a la ciudad. Con su marido, y la nieta, tan rica, tan despierta, tan sonriente, con un futuro que ni los astros podrían imaginar. Una nieta que ve el trabajo de la abuela como si resucitaran los personajes aventureros de las novelas del siglo XIX. Fuerza y aventura, romanticismo, viajes. Y algo de eso hay, pero sobre todo callos y durezas; uno por lo otro y todo a partes iguales.

Hay una cosa que los marineros que aman la mar y que nunca se alejan de ella no saben, el goce de oler por primera vez el mar, cuando se viene desde el interior. Eso es algo nuevo. Es algo que los marineros que no se alejan del mar nunca han podido experimentar, pero que todos pueden definir a la perfección. Un olor que creen haber vivido. Un olor a mar nuevo y a brisa fresca.

La marca de la costumbre podría ser plasmada con sus manos y sus ojos. La sabiduría de los ancianos y la costumbre.

Sucedió un año siguiente. Barca, salida, red, pesca, lonja. Té con las amigas y bares de copas donde los jóvenes compartían vida con los adultos como ella.

El pueblo era pequeño. Y el pueblo era su única familia cercana durante todo el invierno. Aparte de las llamadas telefónicas a su hija, su nuero y su nieta.

La vida diaria pasaba de costumbres en costumbres. Y la cotidianeidad se entrelazaba de forma casi simultánea.

Muchas veces, en su salida al mar, dependiendo de la pesca que tocara ese día, pues la pesca y la recolección de frutos de tierra, a veces tienen similitudes, como es el caso de los meses propicios de siembra y siega, que en el caso del mar se puede aplicar con el refrán los mejillones en meses con erre, los erizos de mar, en rocas invernales. Pues si salía en su bote de madera, tan clásico como la propia palabra madre, de navegación y tracción a remos, repetía mental y físicamente los memorizados, tiempo atrás, pasos del momento de pesca de la novela “el viejo y el mar”. Y ella misma, plagiando mentalmente la novela se decía casi literalmente frases que repetía ella en su quehacer de pescadora, cuando sólo sacaba la caña por la buena y calmada mar “como llanura de castilla que decían los viajados”, ni red, ni mariscar, y se repetía con gestos:

Cogió el sedal y lo sujetó suavemente entre el índice y el pulgar de su mano derecha. No sintió tensión, ni peso, y aguantó ligeramente.

Como mujer sabia, o al menos sabia de sí misma se solía decir “la pesca grande, pero si breve, mejor pesca”.

Y regresó de nuevo la familia al nido veraniego. Y su nieta, tan inteligente, tan despierta, con esa forma infantil de ver la vida admirándolo todo a su alrededor; llegó y abrazó a su abuela, y olió el mar.

-Abuelita, el mar huele siempre a algo nuevo, y me dan ganas de comer.

-Cuando quieras te enseño cómo hablo yo con el mar.

-Quiero que me los enseñes, porque eres muy valiente, eres una heroína para mis amigos y mi profe. Porque en el cole dije a la profe “mi abuela es pescadora” y todos mis compañeros me miraron, incluso la profe, como si pertenecieras a un mundo mítico del pasado, no sé, me dio la impresión de que hasta la profe pensaba que te dedicabas a cazar dragones. Y como trabajo de verano, al volver al cole, tengo que explicarles qué es lo que haces.

La abuela acarició el rostro de su nieta. Sintió sus ojos arder, pero, los callos, la experiencia, y la dureza que la brisa áspera de la mar le había proporcionado durante tantos años atrás, consiguieron que de sus ojos no salieran unas lágrimas que pugnaban incontenibles.